

## La confrontación política y electoral entre el nacionalismo vasco y los grupos no nacionalistas en la crisis de la Restauración, 1917-1923

Manuel Montero<sup>1</sup>

Recibido: 19 de marzo de 2021 / Aceptado: 1 de abril de 2022

**Resumen.** Este artículo aborda los enfrentamientos políticos que se produjeron en Vizcaya entre 1917 y 1923, con amplias repercusiones en la evolución histórica del País Vasco. Los estudia a partir de los numerosos procesos electorales que hubo esos años. Por vez primera, el nacionalismo vasco alcanzó importantes cotas de poder, ganando las elecciones de 1917 y 1918. La nueva etapa se caracterizó por las tensiones entre nacionalismo y “españolismo”, con alianzas entre monárquicos e izquierdas (republicanos y socialistas). Desde 1919 el nacionalismo perdió su primacía política. La pugna ideológica provocó agudos enfrentamientos en los que los distintos grupos usaron procedimientos que corrompían el sufragio.

**Palabras clave:** nacionalismo vasco; socialismo; derecha; elecciones; Restauración.

### [en] Political and electoral confrontation between Basque nationalism and non-nationalist groups in the Restoration crisis, 1917-1923

**Abstract.** This article tackles the political confrontation that took place in Biscay between 1917 and 1923, which had important consequences in the historical evolution of the Basque Country. It is addressed through the electoral procedures that took place in those years. For the first time, Basque nationalism reached meaningful power and representativity shares, and won the 1917 and 1918 elections. A new period started – one characterized by tensions between Basque nationalism and Spanish nationalism (españolismo), with alliances between royalists and leftists (republicans and socialists). In 1919, Basque nationalists lost their temporary political primacy. Ideological fights caused intense electoral clashes where the different groups used procedures that spoiled votes.

**Keywords:** Basque nationalism; socialism; right-wing; elections; Restoration.

**Sumario.** Introducción. 1. La irrupción política del nacionalismo. 2. La conquista nacionalista del poder provincial. 3. La victoria nacionalista en las elecciones legislativas. 4. La reorganización de las derechas monárquicas. 5. El nacionalismo pierde el poder. 6. Nuevas dinámicas electorales. 7. Conclusiones. 8. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** Montero, M. (2022). La confrontación política y electoral entre el nacionalismo vasco y los grupos no nacionalistas en la crisis de la Restauración, 1917-1923. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 44: 199-220.

### Introducción

Aunque España fue neutral durante la Primera Guerra Mundial, recibió plenamente el impacto del conflicto en términos económicos, sociales y políticos, lo que agudizó

<sup>1</sup> Departamento de Historia Contemporánea  
E-mail: [manuel.montero@ehu.es](mailto:manuel.montero@ehu.es)  
<https://orcid.org/0000-0002-1905-9323>

las contradicciones del régimen de la Restauración. En 1917 podía hablarse abiertamente de que el régimen había entrado en crisis. Aun así, fueron años de rápido crecimiento económico, con particular intensidad en Cataluña y el País Vasco, favorecidos por demandas de las potencias que estaban en guerra.

Entre los cambios del periodo estuvo una mayor politización de las clases medias urbanas, un acontecimiento decisivo, puesto que la estabilidad del sistema dependía en parte de la despolitización de buena parte de la población. Las elecciones, tradicionalmente manipuladas, tuvieron que contar con un mayor interés de los ciudadanos.

La crisis de la Restauración, entre 1917 y 1923, tuvo en el País Vasco una dinámica peculiar, por el enfrentamiento que se produjo en Vizcaya entre el nacionalismo vasco y las fuerzas no nacionalistas, convertido en el principal antagonismo político. No desapareció la manipulación de las elecciones, pero se dejó sentir la presión de los ciudadanos en estos procesos. Desde comienzos de siglo, el antagonismo entre conservadores y liberales había dejado de ser insuficiente en Vizcaya. En la nueva coyuntura no bastó tampoco la tensión entre monárquicos y republicanos. Adquirió fuerza la alternativa nacionalista.

En 1917 el nacionalismo obtuvo su primera gran victoria electoral, al hacerse con el control de la Diputación de Vizcaya, un órgano con grandes capacidades administrativas, derivadas del Concierto Económico. Al año siguiente ganó las elecciones legislativas, acabando con la tradicional hegemonía de la derecha monárquica. Se inició así el primer periodo en que la política vasca estuvo condicionada por la tensión entre nacionalistas vascos y quienes no lo eran.

Cuando en 1919 los monárquicos recuperaron la hegemonía, no desapareció tal confrontación. En esos años se enfrentaron nociones nacionales distintas. En el bloque no nacionalista colaboraron izquierdas y derechas, radicalmente enfrentadas por otros conceptos.

Bien conocido el avance político del nacionalismo vasco, el análisis de las distintas concurrencias electorales permite abordar la interacción de los distintos movimientos y su influencia en la dinámica política vasca. ¿En qué medida el antagonismo nacionalismo-españolismo conllevó un enfrentamiento ideológico? ¿o consistió sólo en un enfrentamiento de fuerzas antagónicas sin un discurso doctrinal, que electoralmente confiaron en prácticas que podríamos considerar extrapolíticas?

Tiene interés, también, la configuración que adoptó en Vizcaya el sistema de partidos en la nueva coyuntura y los distintos posicionamientos argumentales y políticos. ¿Hasta qué punto la emergencia del nacionalismo condicionó al resto de las fuerzas y determinó sus reacciones? ¿Cuál fue el periodo plenamente condicionado por la dialéctica nacionalismo-españolismo? ¿Qué modelo se asentó una vez dejó de ser el conflicto dominante?

Analizaremos aquí cómo se desenvolvía esa confrontación antes la llegada de la dictadura de Primo de Rivera. La forma local que adoptó la crisis de la Restauración fue el punto de partida de un antagonismo que protagonizaría después la vida política vasca. El eje del análisis serán las contiendas electorales. Entre 1917 y 1923 hubo cuatro elecciones legislativas y otras tantas provinciales, además de las municipales.

En el periodo se registraron victorias y derrotas de nacionalistas y no nacionalistas, siempre saludadas como expresión definitiva de la conciencia política que se imponía en Vizcaya. Presentaron gran variedad de situaciones: hubo tensiones entre republicanos y socialistas, enfrentamientos dentro del nacionalismo o del socialis-

mo, apoyos coyunturales de nacionalistas a republicanos y/o socialistas, de las izquierdas a nacionalistas y viceversa, de mauristas al nacionalismo... Genéricamente han de analizarse a la luz del antagonismo básico entre nacionalismo y lo que se llamó “españolismo”.

Todas las elecciones de la época estuvieron condicionadas por prácticas corruptas. Históricamente habituales en la derecha monárquica, también nacionalistas, republicanos y socialistas –que no formaban parte de los grupos dominantes en la Restauración–, recurrieron a la corrupción del sufragio: compra de votos, presión tumultuaria sobre las urnas, suplantación de votantes, anulaciones de actas...

Los resultados electorales reflejaban una determinada relación de fuerzas, en cuya combinación pesaba la voluntad del elector, pero también la capacidad de presión social de la candidatura, por la vía de la movilización, la captación administrativa de voluntades, la compra de votos, las presiones violentas, etc. Tales circunstancias condicionaron los cambios de orientación política. No analizaremos aquí las elecciones, pero las tendremos en cuenta para explicar las coyunturas políticas de esos años y las perspectivas ideológicas y organizativas del antagonismo nacionalismo-españolismo.

## 1. La irrupción política del nacionalismo

Entre las alternativas políticas que adquirieron fuerza durante la Primera Guerra Mundial estuvieron los nacionalismos. En aquella coyuntura la Mancomunidad de Cataluña –que se había creado a instancias del catalanismo en 1913– llevó a cabo una labor importante en el fomento material y cultural. En el País Vasco, se fortaleció el nacionalismo vasco, pese a su división entre aliadófilos –la mayor parte del movimiento– y germanófilos, cuyo principal representante fue Luis Arana, el hermano de Sabino Arana (el fundador del nacionalismo vasco), quien hubo de abandonar en 1916 la presidencia del nacionalismo, precisamente por esta razón.

En este contexto, el nacionalismo vasco alcanzó una gran difusión política en Vizcaya. En parte, se debió al apoyo económico derivado de los beneficios extraordinarios que obtuvo el sector naviero, en el que Ramón de la Sota militaba en el nacionalismo.

El Partido Nacionalista Vasco afrontó la nueva coyuntura cambiando sus estructuras organizativas. Pasó a llamarse Comunidad Nacionalista Vasca (CNV). Mantuvo su reivindicación foral, pero tras el Congreso de Lausana (1916), al que envió un representante, entró en contacto con el principio de autodeterminación, de configuración más moderna que sus planteamientos tradicionales. Durante el periodo, sin embargo, buscó un estatus similar al de Cataluña, sugiriendo el logro de algún tipo de autonomía.

La formación de CNV reflejaba la victoria del sector moderado del nacionalismo vasco sobre quienes defendían la ortodoxia aranista. No obstante, el grupo radical siguió insistiendo en los planteamientos secesionistas. En 1921 protagonizaron una escisión, que recuperó el nombre de Partido Nacionalista Vasca. Esta división entre PNV y CNV duró hasta 1930, a finales de la dictadura de Primo de Rivera. El desplazamiento de Luis Arana de la dirección de CNV significó la victoria interna del sector burgués y autonomista, de perfil moderado. Dio lugar a una modernización y democratización de las estructuras internas del movimiento.

De otro lado, el nacionalismo llevó a cabo un primer acercamiento a la burguesía vasca —oponiéndose al proyecto Alba de impuestos sobre los beneficios extraordinarios de la guerra—. Colaboró en esto con el catalanismo, entrando en contacto con los planteamientos posibilistas de Cambó. Además, impulsó el sindicato Solidaridad de Obreros Vascos), fundado en 1911, que en estos años experimentó un rápido crecimiento, mejorando la inserción social del nacionalismo.

## 2. La conquista nacionalista del poder provincial

En el éxito nacionalista de los primeros años del periodo influyó la canalización política de los beneficios económicos de la guerra, pero no puede reducirse a solo esa circunstancia. También tuvo un papel importante la mayor irradiación social del nacionalismo, gracias a su extensión entre grupos obreros. Resultó decisiva, además, la elaboración de una propuesta autonomista, que ofrecía un programa concreto, alejado de las genéricas reivindicaciones forales. Parte de los procesos electorales de la época se saldaron por actuaciones extrapolíticas, pues abundaron las acusaciones de manipulación. Sin embargo, el grado del apoyo ciudadano tenía importancia, sobre todo para los movimientos de masas como el nacionalismo y el socialismo.

“El nacionalismo arrolla a todos sus enemigos. Jornada gloriosa para la Comunidad patriota”: así titulaba *Euzkadi*, el periódico del nacionalismo vasco, el 12 de marzo de 1917. En las elecciones provinciales Comunidad Nacionalista Vasca, el nombre que el año anterior había adoptado el Partido Nacionalista Vasco, acababa de obtener su primer gran éxito electoral. Se hacía con el control de la Diputación vizcaína. En estas elecciones no se renovaba todo el órgano, sino que lo hacía por partes, mediante la elección en determinados distritos, que se alternaban cada dos años. El triunfo nacionalista de 1917 le permitía hacerse con la mayoría de la institución.

La victoria nacionalista se había producido en todos los distritos en liza. “Gran triunfo en Bilbao y Markina. Durango, Balmaseda... conquistados”. Se imponía un lenguaje entre épico y bélico. “¡Enemigos de Bizcaya! Ayer se dictó vuestro definitivo aplastamiento. Lo ha dictado el Nacionalismo, el ideal de la raza vasca, a la que repugna vuestra vileza”<sup>2</sup>. La imagen era la de una guerra en la que el oponente era literalmente un enemigo.

El nacionalismo lo sentía como un acontecimiento histórico. En vísperas de las elecciones, que intuía victoriosas, se recordaban las tensiones entre Sabino Arana, el fundador del PNV, y Víctor Chávarri, el gran empresario vizcaíno de fines del XIX y muñidor electoral, evocando un presunto encuentro entre “el genio de la industria” y “el genio del espíritu de la raza”. Arana habría vaticinado el triunfo nacionalista y “el derrumbamiento del poder” levantado sobre minas y fábricas. Como exigía el estereotipo, todos se habrían reído despectivos del visionario. “Han pasado veinte años. La cuchilla de la persecución, manejada sin cesar, se ha roto [...] Y la gran idea de Sabino avanza majestuosamente en la conciencia nacional”<sup>3</sup>. Los nacionalistas entendían que acababa un ciclo y empezaba otro. Lo enmarcaban en una interpretación trascendente de la historia

<sup>2</sup> *Euzkadi*, 12 de marzo de 1917.

<sup>3</sup> “Victor Txabarri y Sabino Arana”, *Euzkadi*, 11 de marzo de 1917

Esta interpretación tenía su razón de ser: la victoria nacionalista de 1917 abrió inopinadamente una nueva etapa en la política vasca. Significó un cambio sin parangón, pues durante toda la Restauración el dominio provincial había estado en manos de la oligarquía monárquica. Desde 1917 la política local gravitaría sobre el enfrentamiento entre nacionalismo y españolismo. Las elecciones adquirieron desde entonces una inusual carga ideológica.

No se había dado tal circunstancia en las elecciones provinciales de marzo de 1917. Pese a su transcendencia, presentaron una sorprendente atonía argumental. Los posicionamientos nacionalistas tuvieron escasa enjundia. Quedaban en propuestas concretas pero políticamente inocuas, del tipo “amparar al labrador y al pescador vasco” o “combatir el alcoholismo”. No reivindicaban la independencia, sino el “derecho permanente de los vascos para los cargos de nuestras Corporaciones”<sup>4</sup>, lo que primaba el origen étnico y las convicciones “patrióticas”, requisitos para ser considerados “vascos”. No faltaban alusiones a que la misión del nacionalismo era defender y robustecer la raza y de que “somos nacionalistas vascos porque vivimos del amor a nuestra tierra”<sup>5</sup>, pero tales evocaciones fueron escasas.

Tampoco sus antagonistas de izquierda desarrollaron una argumentación política en sentido estricto. Parte de su discurso abordó los problemas que existían entre republicanos y socialistas, que en el distrito de Bilbao mantuvieron la Conjunción y acudieron separados en el de Valmaseda. Pese a las tensiones socioeconómicas de 1917, que estallarían en la huelga general de agosto, no hubo reclamos obreristas en los discursos políticos. Poco más: defendían reducir el peso de las Diputaciones, o suprimirlas, y reducir el impuesto de consumos. Al igual que los nacionalistas, centraron su discurso en denunciar las corruptelas de sus antagonistas.

Algunas circunstancias explican la posición del nacionalismo en 1917. Durante la Primera Guerra Mundial, los espectaculares beneficios navieros asentaron económicamente al grupo nacionalista que se identificaba con Ramón de la Sota. El nacionalismo se dotó de una nueva organización, refrendada en diciembre de 1916. Nació la Comunidad Nacionalista Vasca y, si bien subsistía el Manifiesto que aprobó en Elgoibar en 1908, respetuoso con la ortodoxia sabiniana, no lo publicó. Era el resultado del debate nacionalista sobre si la independencia era un fin en sí mismo o un medio, de modo que lo más importante era la supervivencia de la nación vasca mediante acciones sociales y culturales, para restablecer la comunidad nacional<sup>6</sup>. Los nuevos dirigentes nacionalistas optaban por el pragmatismo. Por entonces, los navieros luchaban contra el proyecto de ley de beneficios extraordinarios y buscaban una nueva política económica. Constituía otro motivo de tensión con Madrid, pero también la ocasión para implicarse en la política nacional, necesidad hasta entonces no sentida.

En este contexto tuvo importancia la visita a Bilbao de Francesc Cambó, en enero de 1917. La oposición de la Lliga regionalista al mencionado impuesto llevaba a proponer una colaboración entre vascos y catalanes. La aproximación se extendía a la reivindicación autonómica, que pedía nueva organización territorial del Estado, perspectivas que habían sido ajenas al nacionalismo vasco. “En las Provincias Vascas y en Cataluña, se tiene plena conciencia de que nuestra vida económica está

<sup>4</sup> “Ante las elecciones. Vasco que se va, vasco perdido”, *Euzkadi*, 10 de marzo de 1917.

<sup>5</sup> “A los bizkainos”, *Euzkadi*, 11 de marzo de 1917.

<sup>6</sup> Vid. Granja, José Luis: *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid, Tecnos, 1995, p. 38.

amenazada por grandes peligros y contra ellos nos hemos de defender”<sup>7</sup>: en esos términos se dirigía Cambó a los dirigentes de la economía vizcaína. En el mitin a los nacionalistas les sugería toda una táctica, tras describir la historia de la Lliga. “Nos llamábamos nacionalistas y éramos unos centenares; nos llamamos luego regionalistas y fuimos docenas de millares”<sup>8</sup>. Constituía una invitación de calado para adoptar el gradualismo, postergar las reivindicaciones independentistas e intervenir en la política nacional. Apócrifa o no, la anécdota que narró Javier Ybarra retrata la recepción nacionalista vasca del discurso de Cambó: “un jebo vizcaíno [...] hizo el sabroso comentario de que *uno tan listo como este nos hacía falta aquí*”<sup>9</sup>. Comunión asumió tales planteamientos.

Fue el esquema que siguió el nacionalismo en las elecciones provinciales del 17. Las reivindicaciones fueron pocas, pero, pese a todo, iban a “luchar por el Ideal en toda su integridad”<sup>10</sup>, al que se llegaría por “ascensión gradual”. La discreción programática significaba moderación y pragmatismo como nuevos ejes de actuación.

Ahora bien: el gradualismo no le privó de agresividad electoral. No usó argumentos nacionalistas sino regeneradores. Se presentaba como la opción frente al caciquismo. Caciquismo o nacionalismo regenerador: esta venía a ser la alternativa. Que Vizcaya se rigiese a sí misma, “con libertad y dignidad”, buscando su “engrandecimiento en el orden moral”, o que permaneciese sometida “a los grandes caciques, humillada y envilecida”. El caciquismo no quedaba definido por las prácticas corruptas, sino identificado con los sectores oligárquicos que ejercían el poder. Les reprochaba la corrupción electoral, pero esto no impedía usar procedimientos similares.

Para Comunión Nacionalista había dos bandos: “todos contra nosotros”. Estaba la Piña, la antigua estructura caciquil que organizara Víctor Chávarri, y junto a ella incluía a “sus lacayos”: mauristas, carlistas, conservadores, liberales “y las mesnadas dóciles de la conjunción republicano-socialistas”. No descalificaba tal alianza imaginaria por su oposición al nacionalismo sino por su presunta subordinación a la jerarquía caciquil.

La victoria correspondió a los nacionalistas. Obtuvieron 10 de los 16 escaños en disputa, que con el diputado que conservaban en la parte que no renovaba suponían 11, lo que permitiría la presidencia de Ramón de la Sota hijo. Logró la mayoría absoluta en la Diputación vizcaína y “ello permite disponer de gran poder y de importante capacidad de gestión, dados los fondos y las competencias de que dispone aquella gracias al Concierto Económico”<sup>11</sup>. Era la institución clave en la administración local.

Para los nacionalistas su éxito se debía al empuje de la raza y la propagación del nacionalismo. Según el periódico *La Tarde* tal victoria respondía a los llamamientos nacionalistas a reivindicar el prestigio de la Diputación y castigaba “la amalgama urdida por la Piña”<sup>12</sup>: coacciones sobre los obreros en algunas fábricas, compra de

<sup>7</sup> “Conferencia del Sr. Cambó”, *Euzkadi*, 27 de enero de 1917.

<sup>8</sup> “Magistral discurso de don Francisco Cambó”, *Euzkadi*, 29 de enero de 1917.

<sup>9</sup> Ybarra y Bergé, Javier: *Política nacional en Vizcaya*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948, p. 438.

<sup>10</sup> “Por Dios y Euzkadi”, *Euzkadi*, 11 de marzo de 1917. Reivindicaban: la “Mancomunidad de las cuatro regiones peninsulares”, concepto de origen catalán que se presentaba como “la unión del pueblo vasco” y que en el nuevo concepto serviría para el amparo y desarrollo del euskera, cultura vasca, riqueza, servicios administrativos y régimen de Conciertos Económicos. Los programas máximos quedaban relativizados.

<sup>11</sup> Corcuera Atienza, Javier: “El nacionalismo vasco en la Restauración. Purismo y posibilismo”, en Castells, Luis y Cajal, Arturo (eds.): *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Madrid, Marcial Pons, 2009, p. 196.

<sup>12</sup> “Triunfo de las candidaturas nacionalistas”, *La Tarde*, 12 de marzo de 1917.

votos, presión oficial en el nombramiento de delegados en algunos colegios electorales de Durango.

Ahora bien, seguramente el elemento fundamental en la victoria nacionalista fue la compra de votos. “Es público y notorio que los beneficios extraordinarios que produce la carestía de los fletes se han derramado periódicamente por esas aldeas<sup>13</sup>. Abonan esta impresión la unanimidad de la percepción y el súbito ascenso del voto nacionalista, no compatible con una progresiva toma de conciencia. Antes de las elecciones se había avisado de que en el distrito de Valmaseda –donde estaban las fábricas y minas– se estaban comprando votos. Allí, se aseguraba, el nacionalismo era un “elemento exótico”, sin el arraigo del caciquismo ni simpatías populares, pues los obreros fabriles o mineros discrepaban de sus planteamientos, también ajeno a los pueblos de las Encartaciones<sup>14</sup>. Aunque no fue el más votado, por Valmaseda salió elegido Ramón de la Sota Aburto.

Se aseguró, también, que habían tenido cierto apoyo gubernamental, pues el conde de Romanones otorgó a Sota la autorización para construir el nuevo puerto de Ondárroa, tras haberlo solicitado los monárquicos. Y, al examinarse las actas de los diputados electos, todas fueron admitidas, lo que se interpretó como la contrapartida al apoyo naviero al empréstito de marzo.

El nuevo dominio nacionalista no era flor de un día. Se apreció en las elecciones municipales del 11 de noviembre de 1917, con victoria nacionalista en Bilbao y muchos pequeños y medianos pueblos. Se producían tras la huelga general de agosto, en la que la derecha y el nacionalismo vieron voluntades revolucionarias repudiadas. De otro lado, la izquierda alegaba debilidad, por la represión. “En Bilbao y en la zona fabril se notará la falta de los más audaces luchadores [...] Están emigrados, presos o procesados<sup>15</sup>. Entre las secuelas de agosto del 17 estuvieron también la retracción de algunos republicanos y la división socialista, entre pereaguistas y prietistas, genéricamente ortodoxos y moderados, los seguidores de Facundo Perezagua e Indalecio Prieto.

Pese al momento crítico en que se produjeron las elecciones –crisis revolucionaria, movilizaciones autonomistas, despeque del nacionalismo –, no se localizan discursos ideológicos sino alusiones a la fortaleza propia y acusaciones mutuas de prácticas corruptas. Según los socialistas, resultaba crucial el dominio de la Diputación por los nacionalistas, pues de ellos dependían los empleos provinciales. “Este Poder efectivo de los nacionalistas no se inhibe, ni mucho menos, en las elecciones”<sup>16</sup>.

Las notas de prensa nacionalistas consistieron sobre todo en convocatorias de las juventudes para preparar la jornada electoral. Cuando mucho, puede localizarse un discurso según el cual el nacionalismo regeneraría la vida municipal, en un esquema que acusaba a los no nacionalistas de pervertir la democracia vasca. “Parecen empeñados los yabanas [sic] que aquí llegaron, según propia confesión, á acabar con la

<sup>13</sup> “El escándalo de la compra de votos”, *El Liberal*, 13 de marzo de 1917.

<sup>14</sup> ““La compra de votos”, *El Liberal*, 11 de marzo de 1917. En esta interpretación, “los hijos del trabajo no encuentran ninguna solución para su causa en los estrechos horizontes que abarca un nacionalismo que pide libertades e independencia para la nacionalidad, sin afirmar la autonomía del individuo”. Sugería que se había reunido “medio millón de pesetas en billetes pequeños” y afirmaba que se estaba pagando el voto a veinticinco pesetas.

<sup>15</sup> “Ante la lucha electoral. La sinceridad de los beligerantes”, *El Liberal*, 10 de noviembre de 1917.

<sup>16</sup> “Sinceridad electoral”, *Liberal*, 8 de noviembre de 1917. Si el poder central se inhibía, no había garantías electorales para “las candidaturas no nacionalistas”

vida de los vascos, en dislocar y trastornar por completamente el mundo de nuestra vida intelectual y moral”<sup>17</sup>. Tal etnicismo evocaba una imaginaria democracia foral, que sería superior.

Subyacía el trasfondo ideológico, pero aquellas elecciones constituyeron un *tour de force*. “Pelearon ayer como bravos, como han peleado siempre, los nacionalistas bilbaínos”, resumía *Euzkadi*, que hablaba de “matonería sectaria” de los socialistas y “compra de votos” por los mauristas<sup>18</sup>. *El Liberal* hablaba de fraude en sentido contrario, contrastando “la tradición Democrática” de los barrios altos<sup>19</sup> y el “soborno y el robo de votos” nacionalista<sup>20</sup>. Hubo “discusiones, suplantaciones, increpaciones, compra de votos, insultos, alguna que otra bofetada”: las crónicas de las jornadas repiten la imagen de violencia y manipulación electoral.

### 3. La victoria nacionalista en las elecciones legislativas

Las elecciones de 1917 fueron el preámbulo, pero en las de 1918, a Cortes, el antagonismo nacionalismo-españolismo pasó al primer plano. El nacionalismo vasco contaba con un proyecto político, pues había realizado una valoración positiva de la Ley de Mancomunidades, ratificada por el Gobierno y puesta en marcha en Cataluña. Entendía que abría la posibilidad de dar pasos en la restauración de los fueros, que seguía constituyendo su programa máximo.

Por primera vez el nacionalismo se presentaba a las legislativas, el reducto de las “fuerzas vivas” de la Restauración, en Vizcaya miembros de la burguesía industrial y financiera. Desde comienzos de siglo las elecciones en Bilbao tenían también una dimensión ideológica, por la presencia del catolicismo político o del republicanismo, aunque los candidatos –José María Urquijo y Horacio Echevarrieta– eran miembros de la élite económica. En esto el nacionalismo presentaba alguna continuidad, pues Ramón de la Sota, candidato por el distrito de Valmaseda, estaba entre los principales empresarios de la época, además de ser padre del presidente de la Diputación.

Algunos nacionalistas ortodoxos cuestionaron la participación en unas elecciones que designaban un “parlamento extranjero”, pero la Comución la inscribió en una visión histórica según la cual se abría una nueva etapa en la trayectoria del nacionalismo. Un relato de connotaciones épicas explicaba la concurrencia electoral. El nacionalismo había vivido en una primera etapa “la predicación sentimental en la que las palabras se dirigían al corazón”. En la segunda fase, “la organización hace que ocupemos puestos en las corporaciones”. La tercera etapa llegaría cuando se impusiese “el poder soberano de Euzkadi” gracias al “triumfo de la conciencia nacionalista”<sup>21</sup>.

Fuese estrategia preconcebida o adaptación sucesiva a las circunstancias, la política seguida por el nacionalismo se ajustaba a la descripción. Los 25 años anteriores

<sup>17</sup> “Lucha electoral. ¡Para qué ocultarlo!”, *Euzkadi*, 8 de noviembre de 1917. “A nuestra originaria concepción de la democracia, por ejemplo, arraigada por la existencia de un pueblo inteligente y honrado, nos oponen un régimen que llaman también democrático, cuyas manifestaciones únicas son incultura, procacidad, intolerancia y desvergüenza”.

<sup>18</sup> “Las elecciones de hoy”, *Euzkadi*, 12 de noviembre de 1917.

<sup>19</sup> “Retraimiento de electores”, *El Liberal*, 12 de noviembre de 1917.

<sup>20</sup> “Perezagüistas y nacionalistas contra la conjunción”, *El Liberal*, 12 de noviembre de 1917.

<sup>21</sup> “Anoche en Juventud. Habla el candidato por Markina”, *Euzkadi*, 22 de febrero de 1918.

los había dedicado fundamentalmente a la propaganda y organización. El “nacionalismo vasco ha esperado durante largos años”, gestando “la organización más poderosa”.

“Patriotas de Euzkadi”, “considerad la grandeza de este día, tal vez decisivo en la historia patria”. Dentro del discurso nacionalista las elecciones a “un organismo extraño en el que serán extranjeros” constituía una ocasión trascendente. “Iniciamos así una nueva era en nuestra historia y en la historia de Euzkadi”, en la que por fin los vascos tendrán “mandatarios exclusivamente suyos”, sin más compromisos que la “defensa y exaltación de sus intereses nacionales”.

“Vasquismo contra antivascuismo”: así entendía el nacionalismo la contienda. Desplegó sus capacidades organizativas, en actos para los que su prensa repetía la nota “entusiasmo indescriptible”: sirvieron de afirmación patriótica sin sugerir programas de actuación. “Todo lo podemos con la bandera de las grandes afirmaciones nacionales y [...] de la patria vasca”. El ideal de la raza bastaría para lograr la victoria, de ella provenía la fuerza. Sin más exposiciones doctrinales, las elecciones no buscaban nuevas adhesiones sino movilizar las que tenía.

Los mítines consistieron en llamar al voto y exponer los grandes temas nacionalistas, contra “los enemigos de Dios, del orden social, de Euzkadi y de su grandeza, de la libertad vasca”. La campaña adquirió un aire belicista, que hablaba de los enemigos, la lucha, la victoria. “¡Jóvenes patriotas, despanzurrad a trastazos las talegas de los mercaderes y la victoria es nuestra!”. No hubo gran desarrollo argumental, pero la campaña electoral presentó una notable agresividad.

En el discurso nacionalista, concurrían a las legislativas por sus progresos organizativos, síntoma de madurez. Sin duda, influían también su éxito en las elecciones provinciales del año anterior, las posibilidades que otorgaba la Diputación y las capacidades económicas del enriquecimiento naviero. “En principio no disponían de la fuerza del dinero ni billetes de banco [...]. ¡Pero hoy!”<sup>22</sup>.

El nacionalismo tenía conciencia de vivir un momento crítico, tras los acontecimientos del año anterior –Juntas Militares, Asamblea de Parlamentarios, huelga general–. Hablaba de crisis universal y del “estado español”<sup>23</sup>, felicitándose porque CNV se había fortalecido ya. “De ocurrir esta conmoción diez años atrás, Euzkadi hubiese desaprovechado la ocasión acaso única”. Tal percepción tenía expresiones radicales. “Lo que se llama España (y mañana es posible que no se llame lo que hoy se llama) arde en revolución”, según Aberri, lo que suscitó alguna reacción airada.

La irrupción electoral del nacionalismo cambió actitudes políticas. Los monárquicos no solían presentar posiciones ideológicas, pero la nueva tesitura les forzó a formularlas. Las izquierdas expresaban habitualmente críticas a los monárquicos y al régimen social y político. Las mantuvieron, pero hubieron de adaptar su discurso a la irrupción nacionalista.

Quedaban lejos los tiempos en que los monárquicos disputaban electoralmente entre sí. La aparición de alternativas hizo que sus posibles candidatos llegasen a acuerdos para presentar sólo uno por distrito. La prensa los caracterizaba según su

<sup>22</sup> “Crónica electoral. El dinero, la coacción”, *El Nervión*, 22 de febrero de 1918. Los nacionalistas “cuentan con formidables capitalistas de antiguo y novísimo cuño, alguno de los cuales no se han recatado en espetar la frase de Cambó a donde no llegan los discursos llega el dinero

<sup>23</sup> “Corrupciones”, *Euzkadi*, 17 de febrero de 1918.

tendencia monárquica<sup>24</sup>. “Durante treinta años ha venido representando este distrito la casa Chávarri; pero ante el anuncio de que ahora se presentaba D. Ramón de la Sota y Llano, nacionalista, le abandona el campo”<sup>25</sup>: así describía ABC lo que sucedía en el distrito de Valmaseda. El dominio caciquil, basado en la fortaleza económica, dejó de serlo al aparecer otra fuerza con similares recursos. La candidatura del abogado Balparda, liberal, constituía una alternativa de peso ideológico.

“Aquí, la lucha se planteaba entre españoles y antiespañoles”, resumía *El Pueblo Vasco*<sup>26</sup>, pero no se refería a los tres bandos en liza. Su argumento era peculiar: los socialistas no contaban como alternativa, pues su participación en la huelga de 1917 “les ha embargado indefinidamente [...] para recabar confianza”. La interpretación del diario monárquico no hizo mella. La imagen posterior interpretó estas elecciones como el enfrentamiento entre dos bloques, el nacionalista y el españolista, que incluía a las diversas tendencias monárquicas y a la conjunción republicano-socialista. Aun así, en aquella ocasión su común oposición al nacionalismo no impidió el enfrentamiento entre izquierdas y derechas.

Los monárquicos no compartían un programa ni un discurso asentado. Tampoco se advierten diferencias entre mauristas, conservadores, liberales o independientes. La postura monárquica ha de reconstruirse no desde los discursos de los candidatos, sino de los planteamientos periodísticos, con distintos grados de radicalidad.

La argumentación monárquica contra el nacionalismo era deslavazada. No contenía una crítica expresa, salvo cuando lo tachaba de separatista. Sus principales objeciones eran circunstanciales: Comunión Nacionalista se había convertido en un movimiento perturbador, germen de inestabilidad. ¿La razón? CNV giraba en torno al regionalismo catalán y la Asamblea de Parlamentarios, por lo que le cabía alguna responsabilidad del movimiento revolucionario de agosto. Esto le situaba junto a “los enemigos del trono y del altar”, “los republicanos, socialistas y ácratas”<sup>27</sup>.

Lo anterior tenía una consecuencia argumental. Los candidatos monárquicos hacían profesión de fe católica y tachaban a Comunión Nacionalista de antirreligiosa por su cercanía a la Lliga catalana, “que cubre de sus ideales antirreligiosos con una etiqueta regionalista”<sup>28</sup>. Seguramente, la acusación no podía calar en los simpatizantes de un nacionalismo vasco ardorosamente católico, pero los monárquicos le dieron particular importancia. Según decían, la Lliga “aceptó como suyas las conclusiones de la irreligiosa y disolvente Asamblea de Parlamentarios”<sup>29</sup> y esto descalificaba a CNV. No sólo era desestabilizador y antirreligioso. Además, “ha renunciado a la pureza de la doctrina que las creó, han reemplazado ya los procedimientos que le daba fiera pero noble independencia, por componendas y maquinaciones con los catalanistas”<sup>30</sup>. Le acusaba, por tanto, de separarse de los postulados sabinianos,

Y los monárquicos exhibían fuerismo, deseos de reintegración foral y la voluntad maurista de afrontar la cuestión regional. Sólo ocasionalmente formularon expresiones nacionalistas españolas: Balparda equiparaba al nacionalismo con “antipa-

<sup>24</sup> Aznar, monárquico independiente, por Bilbao; Goyoaga, monárquico conservador, por Guernica; Ibarra (Baracaldo) y Larrazabal (Marquina), mauristas; Valmaseda, Balparda, monárquico independiente

<sup>25</sup> “La próxima lucha electoral. Provincia de Vizcaya”, *ABC*, 17 de febrero de 1918, p. 11.

<sup>26</sup> “Información electoral. Al final de la jornada”, *El Pueblo Vasco*

<sup>27</sup> “Ante la lucha electoral”, *El Pueblo Vasco*, 21 de febrero de 1918.

<sup>28</sup> “La bandera del nacionalismo”, *El Pueblo Vasco*, 21 de febrero de 1918.

<sup>29</sup> Bruno de Larrazabal: “A los electores de Marquina”, *El Pueblo Vasco*, 18 de febrero de 1918.

<sup>30</sup> “Ante las elecciones generales. Nuestras firmísimas convicciones”, *El Nervión*, 18 de febrero de 1918.

triotismo”, contra el que llamaba a la “solidaridad nacional”. “Lucho en Valmaseda, con el apoyo de los buenos españoles, contra el candidato bizcaitarra señor Sota”. Decía oponerse a manejos de las contratas de la Diputación, concesiones de empleos municipales, ofrecimientos de obras, puertos y subvenciones. “En el distrito de Valmaseda apenas hay un bizcaitarra. Si Sota triunfa es por la compra de votos”<sup>31</sup>.

El antinacionalismo de la derecha monárquica giró alrededor de las capacidades perturbadoras del nacionalismo tras la crisis de 1917. Presentó como un escándalo la carta-circular<sup>32</sup> que envió el presidente de la Diputación a los compromisarios en las elecciones al Senado, pidiéndoles el voto para los nacionalistas. Lo que indignó no fue la descalificación genérica de quienes habían sido senadores sino otra consideración: “todas estas apariencias son de que la próxima legislatura será trascendental en el Parlamento español; es posible que hasta la Constitución del estado sea profundamente alterada”. La consideraron una muestra del carácter desestabilizador de Compañía Nacionalista.

El otro adversario de los monárquicos fue la Conjunción republicano-socialista, con serias posibilidades en el distrito de Bilbao y alguna capacidad en el de Baracaldo, donde solía ganar el candidato designado por Altos Hornos de Vizcaya.

La oposición monárquica a la Conjunción fue constante y categórica, máxime cuando el candidato no era el empresario Horacio Echevarrieta sino el socialista Indalecio Prieto. A los antagonismos históricos con las izquierdas se añadían los sucesos de agosto del 17, que servía también para repudiar a los republicanos: su apoyo a Prieto significaba que “dan su aprobación al movimiento revolucionario de agosto”. “Y de la Conjunción, ¿para qué hemos de perder el tiempo ocuparnos de ella? [...] Y más con la candidatura Prieto por bandera [...] uno de los promotores de los sucesos de agosto”<sup>33</sup>.

No toda la derecha cerraba filas contra el nacionalismo. El tradicionalismo manifestó que su objetivo no era ya “impedir la introducción del liberalismo, sino de detener el avance de la revolución”<sup>34</sup>. En aquella ocasión, los jaimistas retiraron su candidatura en Markina para dejar paso a los nacionalistas. El catolicismo político apoyó en Bilbao, para derrotar a la “candidatura revolucionaria”, a Pedro Chalbaud, al que alababa por su papel en la gestión del Concierto Económico, en la Cámara de Comercio y en la Agrupación de Sociedades Anónimas del norte de España.

El caballo de batalla eran siempre los sucesos del 17: para el PNV, porque la crisis presagiaba cambios trascendentales; para la derecha monárquica, por demostrar el peligro desestabilizador del nacionalismo; para la derecha católica convertía al nacionalismo en el baluarte contra la revolución. El mismo acontecimiento alentaba expectativas distintas. “Esta lucha es un verdadero caos”, resumió *El Noticiero Bilbaíno*.

La principal novedad de la Conjunción Republicano Socialista fue el candidato, el socialista Prieto, designado por el comité de izquierdas una vez que Horacio Echevarrieta declinó su candidatura. La Conjunción mostró capacidad de movilizar una

<sup>31</sup> “Un telegrama de don G. Balparda”, *El Nervión*, 18 de febrero de 1918.

<sup>32</sup> “Para la elección senatorial. La labor del nacionalismo comunionista”, *El Nervión*, 26 de enero de 1918. Ante las críticas recibidas, Ramón de la Sota Aburto publicó una carta rectificadora, sin las expresiones de la anterior. *El Nervión*, 5 de febrero de 1918.

<sup>33</sup> “La actitud del partido maurista”, *El Pueblo Vasco*, 17 de febrero de 1918. Discurso de Bergé.

<sup>34</sup> Real Cuesta, Javier: *Partidos, elecciones y bloques de poder en el País Vasco, 1876-1923*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1991, p. 38.

amplia base en Bilbao y la margen izquierda, como fuerza de choque en la jornada electoral.

Fue el grupo con un discurso más elaborado. Por ejemplo, se planteaban la crisis de subsistencias o la penetración militar en Marruecos. Prieto se definía como aliadófilo por defender el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Respecto al País Vasco, sus posiciones no eran una mera adaptación a las propuestas nacionalistas. Consideraba razonable la restauración de los fueros, pero desde un espíritu democrático y liberal, no el retorno a la tradición foral. Proponía también una universidad oficial en Bilbao.

Republicanos y socialistas mostraban su antagonismo frente al nacionalismo, pero combatían también a la derecha monárquica. Los socialistas, además, combatían a los germanófilos. Hacían ver que en el nacionalismo convivían las dos tendencias, la liberal, de Sota (que tenía que enviar agentes a Hendaya para escapar del espionaje local) y la de Chalbaud, que trataba con los jefes del espionaje alemán, con los que se juntaba en *La Gaceta del Norte*: fuese caricatura o realidad, tal eventualidad sería una clave para el apoyo del catolicismo político al candidato nacionalista por Bilbao.

Por eso, el socialista Luis Araquistáin llamó a votar en Valmaseda a Sota y no a Balparda, germanófilo, si bien las agrupaciones socialistas optaron por éste, debido a la oposición al nacionalismo o a la caracterización empresarial del naviero y financiero.

El socialismo fue tachado de antinacionalista y en Bilbao su lucha con los nacionalistas fue enconada y a veces violenta. Sin embargo, la postura socialista frente al nacionalismo resultaba compleja. Compartía la defensa de la autonomía, pero la entendía en formas liberales. Según Prieto no había que quedarse en un españolismo ramplón, para el que “el nacionalismo es una traición a la patria”. Para él, el problema era otro; residía en que los nacionalistas resultaban conservadores, localistas e incapaces de vincular su proyecto a un concepto de libertad.

El líder socialista se defendía de la acusación que los responsabilizaba de los sucesos de agosto. Aseguraba que no habían sido los causantes, sino que respondieron a diversos desvaríos; no habían realizado actos revolucionarios sino manifestado la solidaridad con los ferroviarios. Monárquicos y nacionalistas habían creado la situación en la que estalló el movimiento. Su eventual triunfo electoral “no tiene nada de revolucionario” sino que “será el triunfo de la solidaridad y de justicia social”.

No hubo unanimidad de la izquierda; Perezagua y los socialistas ortodoxos, la “Asamblea de Veteranos”, decidieron abstenerse antes de votar a Prieto.

En las elecciones los nacionalistas se hicieron con todos los distritos salvo el de Bilbao, en el que venció Prieto. Por vez primera en la Restauración no salió por Vizcaya ningún diputado adscrito a la derecha monárquica. Las victorias resultaron holgadas, siendo el resultado más llamativo el del distrito de Baracaldo, por perder Fernando Ybarra, el candidato de Altos Hornos: se especuló sobre que los obreros se vengaban así de la actitud que la empresa había tenido durante agosto del 17. Y proliferaron las acusaciones de corrupción electoral, vía favores administrativos, compra de votos, suplantación de personas, etc. Ahora bien: dada su contundencia, la victoria nacionalista en febrero de 1918 no cabe achacarla exclusivamente a inversión económica en el voto, si bien tuvo influencia. “Se había producido el trasvase de votos desde el conservadurismo hacia el nacionalismo, que aparecía como una fuerza emergente que por primera vez podía aspirar al dominio de Vizcaya”<sup>35</sup>. Ven-

<sup>35</sup> Díaz Morlán, Pablo: *Los Ybarra, una dinastía de empresarios*, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 217.

dría a asumir el papel de movimiento regenerador, una vez que aparecía como una alternativa viable. El maurista Ramón Bergé era escéptico al respecto: la política de Vizcaya, decía, sufría una gran modificación, “pero desgraciadamente ni en ideas ni en conducta. Simplemente, cambiamos de amo. Y el nuevo amo ya está en pleno contacto mercantil con Alba y Romanones”<sup>36</sup>

Por lo demás, fueron unas elecciones que estuvieron contaminadas por la corrupción. Los datos son rotundos, repetitivos y coherentes; no cabe desecharlos como una invención exculpatoria de la derrota. Todos recurrieron, en la medida de sus posibilidades, a mecanismos que alteraban el voto. La victoria dependió de las distintas capacidades de presión, en la que influía también su apoyo social.

Aun así, las derechas llegaron a la conclusión de que el único factor importante en el cambio de orientación política había sido la corrupción política practicada por el nacionalismo. Era la idea que recogió más tarde Javier Ybarra de que el triunfo era “meramente circunstancial y logrado con las malas artes de todos conocidas”, mientras “la mayor parte de la opinión de Vizcaya no se hallaba conforme con el separatismo”<sup>37</sup>.

#### 4. La reorganización de las derechas monárquicas

La victoria nacionalista de 1918 provocó una respuesta monárquica. Un mes después de las elecciones se celebró un acto de homenaje a sus candidatos derrotados, con asistencia de las fuerzas vivas monárquicas, fuesen liberales, mauristas o conservadores. “Fue una hermosísima demostración de amor a la Patria y al Rey”, titulaba el maurista *El Pueblo Vasco*. Los discursos, reiterativos, mostraban un contenido doctrinal inusual en la época. “Ser bizcaitarra, que no es lo mismo que ser vasco, es igual a ser antiespañol”: la oposición al nacionalismo era nítida. “Lo tradicional en el país es que los buenos vascongados se hayan distinguido siempre por su lealtad a la Patria y al Rey”<sup>38</sup>: los monárquicos optaban por la profesión de fe nacionalista española, abandonando su habitual desideologización.

El acto de afirmación patriótica implicaba un proyecto de futuro. “Se acuerda la unión sagrada de los monárquicos bilbaínos, frente al separatismo”. La unión de las derechas no se realizaba en Vizcaya por razones de clase, sino por la opción nacional. Había que emplear todos los recursos para combatir al nacionalismo y hacerlo “en todos los terrenos, con el voto, con la bolsa, con el brazo, con las uñas, con los dientes”<sup>39</sup>. Y resultaba necesaria la propaganda, así como cualquier medio de actuación política.

Fue un acto señalado y así lo saludó la prensa. “Con grandísimo entusiasmo un millar de personas proclaman la unión patriótica y monárquica”, resumió *El Liberal*<sup>40</sup>. La “juerga de Arxanda”, descalificó *Euzkadi*, indignado por “el matiz furiosamente antivassquista de lo que allí se dijo”.

<sup>36</sup> Carta de Ramón Bergé a Maura, 14 de noviembre de 1917. En García de Cortázar, Fernando y Montero, Manuel: *Historia Contemporánea del País Vasco*, San Sebastián, ed. Txertoa, 1980, p. 140.

<sup>37</sup> Ybarra y Bergé, Javier: *Política nacional en Vizcaya*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948, pp. 454-455.

<sup>38</sup> “Los discursos. D. Ramón Bergé”, *El Pueblo Vasco*, 18 de marzo de 1918.

<sup>39</sup> “Los discursos. D. Luis Salazar”, *El Pueblo Vasco*, 18 de marzo de 1918.

<sup>40</sup> “El acto de ayer en Archanda”, *El Liberal*, 18 de marzo de 1818.

Decidieron formar la Liga de Acción Monárquica, que agrupaba a destacados industriales y a los partidos liberal, conservador y maurista<sup>41</sup>. Tenía “dos fines esenciales”: mantener el “fervor respecto a las instituciones”, se sobreentiende que las monárquicas, y “luchar enfrente de los elementos nacionalistas, realizando la afirmación patriótica española”. Estaba, primero, su identificación institucional, como “elementos gubernamentales”. Y presentaba como dos caras de la misma moneda el rechazo al nacionalismo y la afirmación española, que realizó a la contra.

La Liga de Acción Monárquica, nacida en enero de 1919, se dotó de un Directorio, formado por tres dirigentes. Las fuerzas vivas de la Restauración en Vizcaya, divididas en conservadores, liberales, mauristas y monárquicos independientes, adoptaban una organización unitaria, tras más de cuatro décadas de enfrentarse entre sí. Era la respuesta al empuje del nacionalismo. Su logro fue “sentar para el inmediato futuro las bases ideológicas de esta oligarquía: vizcainismo, españolismo y antinacionalismo vasco”<sup>42</sup>, en un sector que se desplazó hacia posturas autoritarias.

Así, los tres ejes del pluralismo vizcaíno quedaban representados por Comunión Nacionalista Vasca, Conjunción Republicano Socialista y Liga de Acción Monárquica. Fuera había algunos grupos menores, pero con capacidad de influencia. Estaban los tradicionalistas, de los que los más fuertes eran los jaimistas. Contaban también los republicanos contrarios a la Conjunción tachada de revolucionaria y los seguidores de Perezagua, opuestos a la vía prietista, que discrepaban de la política seguida en Vizcaya por “el reformismo exagerado de los actuales directores del socialismo”<sup>43</sup>. En el nacionalismo se movía una minoría ortodoxa, reacia a participar en elecciones a Cortes. El catolicismo político solía apoyar al nacionalismo vasco.

Estas organizaciones tenían distinta naturaleza. Fuese su propósito o no, la Liga de Acción Monárquica no formó una organización de masas como el nacionalismo y el socialismo; fuera de las elecciones, no realizó labores específicas de difusión ideológica o de gestación de una estructura organizativa. La actividad de la Liga fue algo precaria. Tras las siguientes elecciones aseguraba que habían de valorarse sus resultados teniendo en cuenta que “apenas había hecho más que constituirse y no estaba preparada para una lucha de las proporciones de ésta, para acudir a la cual tuvo que improvisarlo todo”. No era una disculpa convincente, pues la Liga se había constituido medio año antes y se venía preparando desde hacía quince meses, además de que por su proximidad al Gobierno la convocatoria no podía sorprenderle.

## 5. El nacionalismo pierde el poder

El periodo 1917-19 había sido de auge del nacionalismo vasco, pero terminó con un fracaso político, al desaparecer la posibilidad de la vía autonomista. El nacionalismo había conseguido que se formase una comisión extraparlamentaria para estudiar las peticiones autonomistas, pero los proyectos se convirtieron en una mera descentralización administrativa.

---

<sup>41</sup> Vid. Canga de Icaza, Javier: *Gregorio de Balparda: forja y destino de un liberal*, Bilbao, Laida, 1995, p. 217 y ss.

<sup>42</sup> Rivera, Antonio: “País Vasco”, en Varela Ortega, José (dir.): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1975-1923)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 455-496, p. 468.

<sup>43</sup> Fusi, Juan Pablo: *Política obrera en el País Vasco*, Madrid, ed. Turner, 1975, p. 410.

En diciembre de 1918 se celebró una Asamblea de Municipios. Buscaba el apoyo municipal al proyecto estatutario, pero supuso una ruptura brusca, por las posiciones radicalmente antiautonomistas de algunos representantes monárquicos.

Esta quiebra señaló el cambio del clima político. En la práctica, dio paso al reflujó nacionalista. Comución Nacionalista Vasca hubo de afrontar una agresión monárquica en toda regla, a la búsqueda de recuperar los espacios de poder que había perdido.

Desde 1919 el nacionalismo perdió influencia electoral, pero en las legislativas de ese año logró la mayoría de diputados vizcaínos, aunque de forma menos rotunda que el año anterior. El ciclo nacionalista decayó cinco semanas después, en las elecciones provinciales en las que CNV perdió la Diputación de Vizcaya. Las siguientes elecciones, ya sin las capacidades de este órgano, las saldó con pérdidas contundentes.

En elecciones a Cortes del 1 de junio de 1919 se produjo el alineamiento nacionalismo versus españolismo. La Conjunción se alió con la Liga, aunque lo negasen. Prieto aseguró que “no tienen pacto ni compromiso de ninguna especie con los monárquicos,”<sup>44</sup> pero parece innegable que hubo algo más que un acuerdo tácito: las izquierdas no presentaron candidato en Valmaseda y los monárquicos no lo hicieron en Bilbao. Por lo que sabemos, salvo en algunas agrupaciones municipales, la Liga y los socialistas no firmaron ningún pacto por escrito<sup>45</sup>. En realidad, tampoco hubo tensiones entre ambos, pese a las heridas abiertas por la huelga de 1917. La propaganda en la antevíspera de la elección rezaba: “Candidatura de izquierda. Distrito de Bilbao: Indalecio Prieto. Distrito de Valmaseda: Gregorio Balparda”. Era un acuerdo de gran calado. “La aproximación política entre monárquicos y socialistas produce también una *política de equilibrio social* en el ámbito de las relaciones laborales”<sup>46</sup>. Afectaba a distintos ámbitos e implicaba moderación, pese a las enconadas relaciones sociales del momento.

No dedicó gran espacio la Comución a explicar sus propuestas. Expuso las dificultades que tenía su actuación política, al ser tachados de separatistas, pese a no se presentarse como tales y a que no sería ilegal. Además, atacaba a la Conjunción, por su carácter revolucionario e irreligioso. Prieto era “el insultador de tu fe, el enemigo declarado de la religión de tus padres, el caudillo de los perturbadores de tu patria”<sup>47</sup>.

“Los nacionalistas sólo viven por el pueblo y para el pueblo”, aseguraban, y su visión de la sociedad imaginaba una escisión profunda. Por un lado, “los vascos conscientes de ella [la idea de la Patria], al otro los traidores que, no contentos con vejarnos, insultarnos y escarnecernos, quieren hacer de Euzkadi una gran cárcel para encerrar a los buenos vascos”<sup>48</sup>. Podía la beligerancia, la división entre nacionalistas y españolistas, los buenos vascos y los traidores.

Pocas formulaciones de la Liga tuvieron connotaciones ideológicas. Hablaban de la tradición foral como forma de integración en España<sup>49</sup>, pero tenía más peso el ataque al nacionalismo, “un partido de señoritos y oficinistas desdeñosos de quienes

<sup>44</sup> “Ante las elecciones. Presentación del candidato”, *El Liberal*, 22 de mayo de 1919.

<sup>45</sup> Arana Pérez, Ignacio: *El monarquismo en Vizcaya durante la crisis del reinado de Alfonso XIII (1917-1931)*, EUNSA, Pamplona, 1982, p. 40

<sup>46</sup> Cabezas, Octavio: *Indalecio Prieto. Socialismo y español*, Madrid, Algaba ediciones, 2005, p. 111.

<sup>47</sup> Anuncio, *Euzkadi*, 31 de mayo de 1919.

<sup>48</sup> “Don Manuel de la Sota y Aburto”, *Euzkadi*, 26 de mayo de 1919.

<sup>49</sup> *El Nervión*, 19 de mayo de 1919.

llevan blusas”<sup>50</sup>, tachándoles de gente de dinero, que exigía el voto a sus obreros, crítica chocante en quienes lo había practicado durante décadas.

Los socialistas marcaban distancias con el nacionalismo, aunque sin expresiones radicales. Lo equiparaba a intransigencia y política de derechas., por lo que “ningún liberal podrá nunca votar lo que el Nacionalismo supone”<sup>51</sup>. Además, estaba “la desastrosa acción que ha llevado a cabo la Diputación”<sup>52</sup>. El discurso socialista emanaba seguridad en la victoria en el distrito de Bilbao, su principal objetivo, pero estaba la preocupación porque se extendiese el abstencionismo anarquista<sup>53</sup>. Fue general el recurso a procedimientos que corrompían el voto, mediante favores administrativos, suplantaciones de votos o su compra.

El triunfo correspondió al nacionalismo en Marquina, Durango, Guernica y Baracaldo. Sin embargo, perdía Valmaseda, donde sólo obtuvo el tercio de los votos. En Bilbao la victoria de la Conjunción resultó rotunda, con el 64% de los votos. Había otro cambio. Salvo en el distrito de Guernica, donde el nacionalismo llegaba al 56,5%, las victorias nacionalistas fueron ajustadísimas: por 30 votos en Durango y menos del 4% de diferencia en Marquina y Baracaldo. Resultados tan inusuales reflejan un enfrentamiento tenso, que recurrió a todos los mecanismos que decidían el voto.

El 6 de julio de 1919 se celebraron las elecciones provinciales, de las que salía la Diputación, que había sido la principal expresión y acicate del poder nacionalista. Se había cambiado la configuración electoral de la provincia, justificada por criterios demográficos, pero buscando reducir el peso del nacionalismo. Se había creado el distrito de Durango-Marquina, y dividido en dos el de Bilbao, Bilbao-Centro y Bilbao-Ensanche.

Fueron elecciones decisivas, celebradas en los cuatro distritos de nuevo cuño. El debate ideológico tuvo escasa enjundia. Los argumentos más utilizados se refirieron a la propia dinámica electoral. Residieron en las acusaciones cruzadas de comportamientos irregulares. Los nacionalistas se quejaron de que las elecciones se habían convertido en una guerra en la que todos los demás arremetían contra Comunción. Se presentaban como el adalid de la lucha contra el caciquismo plutócrata y acusaban a los monárquicos por su alianza con las izquierdas, que amenazaban el orden social. La Liga fue también escueta y argumentó a la contra sobre los signos distintivos del nacionalismo. Lo tachó de anticlerical, por discrepar de los prelados y sacerdotes que no compartían su ideal<sup>54</sup>, y aseguraba que no respondía al sentimiento general de los vascos, por no respetar la tradición. La Conjunción arremetía contra “el martirologio de la independencia de Euzkadi”<sup>55</sup>, la queja nacionalista por la presunta persecución que sufrían. Publicaba para ello las conclusiones judiciales sobre las prácticas electorales de los nacionalistas, que no les dejaban en buen lugar<sup>56</sup>.

<sup>50</sup> *El Pueblo Vasco*, 26 de mayo de 1919.

<sup>51</sup> Discurso de Indalecio Prieto, *El Liberal*, 30 de mayo de 1919.

<sup>52</sup> *El Liberal*, 16 de mayo de 1919.

<sup>53</sup> *El Liberal*, 18 de mayo de 1919. “El primer paso para la unión de las izquierdas es... que coincidan... en el deseo de ocupar el poder legalmente”.

<sup>54</sup> *El Pueblo Vasco*, 19 de junio de 1919. “Se declara anticlerical frente a los prelados y al nuncio mientras estos no compartan y desarrollen las conspiraciones bizkaitarras contra la integridad de la patria española”

<sup>55</sup> “El papel de víctima”, *El Liberal*, 6 de julio de 1919.

<sup>56</sup> “Las actas de Vizcaya”, *El Liberal*, 6 de julio de 1919.

El resultado dio un vuelco a la Diputación. El nacionalismo, que obtuvo 7 de las 16 actas en disputa, perdía dos y con ellos la mayoría. Al mes siguiente fue elegido presidente de la Diputación Luis Echevarría, liberal monárquico.

## 6. Nuevas dinámicas electorales

Desde 1919 el nacionalismo fue perdiendo representantes. Habían desaparecido las disponibilidades económicas de los años anteriores y su control de la institución provincial e influiría también la unidad monárquica. La dialéctica nacionalismo-españolismo se fue diluyendo en las siguientes concurrencias electorales.

En las legislativas de diciembre de 1920 el nacionalismo perdió sus diputados. La Liga de Acción Monárquica vencía en todos los distritos salvo el de Bilbao, dominado por los socialistas. Las victorias fueron rotundas. Predominó el discurso desideologizado y hubo alineamientos nuevos. En Bilbao no se presentaron monárquicos y nacionalistas y las elecciones se plantearon como una disputa entre republicanos y socialistas. En el distrito de Valmaseda la competencia fue entre socialistas y monárquicos.

Los monárquicos mantuvieron su precariedad doctrinal, aunque esbozando planteamientos fueristas para competir con el nacionalismo. Aseguraban que el principal problema seguía siendo “la sarna separatista”. El nacionalismo esbozó propósitos genéricos –lograr “el bien de Euzkadi” y mantener cultura e idioma–, y sobre todo caricaturizó a la Liga, tachándola de “señoritos endiosados”<sup>57</sup> que combatían al euskera, y a Prieto, por instrumento de la Liga y como “jefe de las turbas rojas”<sup>58</sup>.

Tras la ruptura de la Conjunción, en Bilbao los republicanos presentaron como candidato a Unamuno. Los socialistas criticaron la “incapacidad política de los intelectuales” y los nacionalistas decidieron apoyar a Unamuno, tradicionalmente su enemigo referencial: “Prieto sirve intereses de señores [...] Unamuno es libre y digno como la Nación Vasca”<sup>59</sup>. No fue la única fisura respecto a los comportamientos anteriores. Por Valmaseda se presentaba el socialista Óscar Pérez Solís, futuro comunista (y falangista), que mostró cierta comprensión respecto al nacionalismo vasco<sup>60</sup>.

La Liga Monárquica entendió que con su victoria retornaba “la dignidad vizcaína y el engrandecimiento nacional”. Los vaivenes electorales se interpretaban como cambios profundos en la orientación política, como si ignorasen la influencia de sus sistemas de corrupción electoral.

En 1921 hubo una elección de interés, provincial, que se desarrolló sólo en Valmaseda. Compitieron derecha monárquica, nacionalismo y socialistas y presentó una inusual carga ideológica. El enfrentamiento nacionalismo/españolismo informaba la argumentación monárquica. “El nacionalismo vasco [...] despierta en la Encartación más profunda aversión que en otras partes”<sup>61</sup> porque, cuando dominó la Diputación, exigió euskera para acceder al empleo, lo que relegaba a los encartados: “el euskera

<sup>57</sup> *Euzkadi*, 18 de noviembre de 1920.

<sup>58</sup> *La Gaceta del Norte*, 11 de diciembre de 1920.

<sup>59</sup> *Euzkadi*, 19 de diciembre de 1920. “Unamuno es una conciencia insobornable. ¡Nacionalista, prescinde de las discrepancias doctrinales, sostén a tu hermano, Unamuno”.

<sup>60</sup> *La Tarde*, 21 de noviembre de 1920. “siempre encontraremos en el nacionalismo una nota simpática: ser enemigos del Estado español”

<sup>61</sup> *El Pueblo Vasco*, 9 de junio de 1921.

se seguirá considerando como la lengua de los administradores nacionalistas”<sup>62</sup>. De ahí, el discurso se desplazaba hacia la segregación nacionalista del maketo. Los monárquicos se presentaban como los defensores de los obreros: las mejoras se debían a las empresas fabriles y ofrecían casas baratas, escuelas de artes y oficios, institutos, etc.

El nacionalismo daba su respuesta a la “campana antivasca” basada en “el odio al nacionalismo”<sup>63</sup>, tachando a los monárquicos de desestabilizadores y prometiendo un programa de actuación, inversiones y mejora de las condiciones obreras.

La campana socialista se desentendió de sus contrincantes, pero tuvo carga ideológica. Los recién constituidos comunistas propugnaron la abstención, lo que alarmaba a los socialistas, que lo criticaron y llamaron al voto de los republicanos. El socialismo se equiparó al nacionalismo con la derecha, atisbando un futuro en que se aliase con los monárquicos. Evocaba las tensiones entre clases para combatir la abstención obrera.

Ganó la Liga de Acción Monárquica, con el 49% de los votos, por el 33% nacionalista y 17% socialista. Los perdedores coincidieron: el resultado lo decidieron actuaciones manipuladoras del Gobierno Civil y la compra de votos.

Las últimas elecciones a Cortes del periodo tuvieron lugar el 30 de abril de 1923. El sistema político estaba en crisis y también algunos partidos. Sólo parecía salvarse la Liga de Acción Monárquica, pero había sido ya una solución extrema, que eliminaba la competencia entre las bases del régimen.

Seguía roto el pacto entre republicano y socialistas, aunque lo que más preocupó a los dirigentes del PSOE fue la abstención anunciada de las Juventudes Socialistas, así como la influencia comunista, contra la que se posicionó Prieto llamando expresamente a la moderación y los medios pacíficos de actuación y rechazando lo que se llamaba el odio social. La actitud no era coyuntural. Su acuerdo con las derechas era “un pacto tácito con el españolismo monárquico, que dejara al socialista [Prieto] sin oponentes por ese lado, en paralelo a la disposición a “controlar la agitación social”<sup>64</sup>. Tenía, pues, una vertiente política y otra social.

Y se hacía abierta la división entre Aberri y Comunión Nacionalista Vasca, que reaccionó ante las propuestas de no intervenir en las elecciones a una institución extranjera: “Cuando los vascos [...] nada teman de las Cortes españolas, entonces podremos desentendernos de las Cortes, no ahora”<sup>65</sup>. Desde el punto de vista de los dirigentes de Aberri la moderación de Comunión había sido excesiva y “había roto –según los radicales– las reglas básicas del consenso dentro del nacionalismo”<sup>66</sup>. Tardarían en recuperarlo.

No se presentaron en el distrito de Bilbao candidatos alternativos a Prieto, por lo que fue proclamado por el artículo 29. Posiblemente pesó el pacto tácito de la derecha con Prieto y la convicción de que era imbatible. La tensión nacionalismo-

<sup>62</sup> *El Pueblo Vasco*, 11 de junio de 1921.

<sup>63</sup> *Euzkadi* 4 de junio de 1921.

<sup>64</sup> Rivera, Antonio: “La izquierda y la cuestión vasca. Primera parte: 1880-1923. Distancia y confrontación”, en Castells, Luis y Cajal, Arturo (eds.): *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Madrid, Marcial Pons, 2009, p. 173.

<sup>65</sup> *Euzkadi*, 26 de abril de 1923.

<sup>66</sup> Pablo, Santiago de: “El nacionalismo en el siglo XX. De idea estafalaria a movimiento social” en Calle Velasco, M. Dolores y Redero San Román, Manuel: *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 2008, p. 179.

españolismo perdió el carácter de enfrentamiento global. Se produjo una inversión de alianzas, pues los nacionalistas apoyaron a socialistas y progresistas en los distritos donde estos tenían alguna posibilidad, Valmaseda y Guernica. Fue algo más que un acuerdo tácito. Los socialistas llamaban a oponerse a la Liga, recordando la represión de 1917, tras olvidarla dos elecciones. Además, asumían perspectivas nacionalistas, “porque pretende la sumisión de Vizcaya al nefasto poder central”<sup>67</sup>. Prieto pedía el retorno a la particularidad vasca, hablando de una suerte de soberanía popular en las tradicionales Juntas Generales, que reivindicaba<sup>68</sup>. La aproximación al nacionalismo era nítida.

El nacionalismo, por su parte, justificó tales apoyos por la necesidad de oponerse al enemigo común, la Liga Monárquica, a la que acusaba de caciquismo corrupto, herederos de quienes en las guerras carlistas “se desentendieron del pueblo y se abrazaron al extraño”<sup>69</sup>, antiautonomistas y oligarcas “contrarios a todo lo vasco”.

La Liga completaba la transferencia argumental. Se quejaba de que los nacionalistas abandonasen los principios sabinianos, que desaconsejarían participar en las Cortes españolas, y el antimaketismo, que llevaría votar a Balparda, “hombre de raza vasca”. Sorprendentemente –pues la habían practicado antes–, les reprochaba su alianza desestabilizadora con los socialistas, incompatible con quienes se decían católicos.

La Liga ganó en todos los distritos donde se enfrentaba a nacionalistas, progresistas o republicanos. Rompía la unanimidad Prieto, diputado por Bilbao sin lucha. Los monárquicos, de nuevo, entendieron que todo se debía a que “Vizcaya es eminentemente española”<sup>70</sup>.

Fue la última elección legislativa de la Restauración. El ciclo lo cerraron las provinciales que se celebraron en julio de 1923.

Del antagonismo nacionalismo-españolismo sólo quedaba el hostigamiento entre nacionalistas y la Liga. Los monárquicos eran el enemigo común para el resto de las fuerzas. Lo distintivo de estas elecciones fue la desunión interna entre las distintas corrientes, salvo los monárquicos. En Bilbao, por ejemplo, las izquierdas presentaron a republicanos, socialistas y comunistas. El nacionalismo afrontó las elecciones con una agria división entre Comunión y Aberri. En estas condiciones, los distintos grupos llamaron a la fidelidad de sus electores.

Ganaron los monárquicos en los cuatro distritos en liza. Se había restablecido el dominio monárquico de finales del XIX, pero con el costo de mantener la corrupción electoral y en un clima de fragmentación que anquilosaba los argumentos ideológicos, cuya importancia fue decreciente.

## 7. Conclusiones

En términos políticos, caracterizó a la crisis de la Restauración en el País Vasco la aparición del antagonismo electoral entre los nacionalistas vascos y las fuerzas no nacionalistas. Lo más llamativo resultó el acuerdo entre la derecha monárquica y las

<sup>67</sup> *El Liberal*, 24 de abril de 1923.

<sup>68</sup> “Carta de Prieto”, *El Liberal*, 24 de abril de 1923.

<sup>69</sup> *Euzkadi*, 24 de abril de 1923.

<sup>70</sup> *El Pueblo Vasco*, 1 de mayo de 1923.

izquierdas (republicanos y socialistas), que llegarían a formar una suerte de frente antinacionalista. Esta bipolarización intensificó las tensiones electorales.

Siendo esta la cuestión crucial del periodo 1917-1923, los procesos electorales y la evolución de los grupos políticos permiten apreciar las complejidades del proceso. En él se combinaron la radicalización de determinadas tensiones políticas y la moderación de las relaciones sociales y de algunas posiciones ideológicas. Paradójicamente, radicalización y moderación fueron fenómenos interrelacionados.

El ascenso del nacionalismo debe asociarse al auge económico que la Primera Guerra Mundial supuso para sectores burgueses próximos al nacionalismo vasco, tal y como se apreció en la época. Ahora bien, los navieros no fueron los únicos empresarios beneficiados aquellos años, al margen de que no todos ellos compartían la ideología nacionalista. No podría asegurarse que el diferencial de beneficios empresariales fuese tal que justificase el vuelco político y las rotundas victorias nacionalistas de 1917 y 1918. Sin restarle importancia, no cabría pensar que fue el único factor que lo provocó.

Sin duda, el nacionalismo recurrió a la corrupción del voto, pero no fueron los únicos, pues era habitual en sus antagonistas. Por ello, tampoco puede establecerse esa relación unicausal con su triunfo, máxime cuando venció en todos los distritos, salvo en Bilbao. Verosímilmente, el nacionalismo jugó para los votantes algún papel de alternativa, además de aprovechar los vientos económicos favorables y recurrir a corruptelas electorales que eran habituales. La oligarquía local había perdido dinamismo, pues no supo atisbar las implicaciones de la participación electoral del nacionalismo, que amenazaba su disfrute del poder. Incluso si se admite su argumentación, según la cual todo fue por el empleo nacionalista del dinero —un mecanismo que conocían bien y que no rechazaban—, se advierte su anquilosamiento, por su incapacidad de reacción o por la confianza desmesurada en sus fuerzas.

El ascenso del nacionalismo radicalizó las tensiones, pero paradójicamente arrancó de su moderación: al presentarse a las legislativas relegó la reivindicación independentista y optó por el pragmatismo. Antes había ganado las elecciones provinciales y el dominio de la Diputación contribuyó a su siguiente triunfo —se lo reprocharon los monárquicos, que habían manejado tal mecanismo durante décadas—, pero la principal decisión del periodo fue la concurrencia a las elecciones a Cortes. Tal comparecencia gestó por reacción una suerte “frente” españolista.

El pacto monárquicos-conjunción tuvo el efecto de moderar las relaciones entre izquierdas y derechas, poco después de los sucesos de agosto del 17, a las que estas habían tachado de intentona revolucionaria inadmisibles.

Fueron el nacionalismo vasco y el catolicismo político, que se alineó con el primero, los que mantuvieron el recuerdo condenatorio de la huelga de 1917, pues el maurismo, que alguna vez la repudió, dejó de referirse a ella. Las heridas eran recientes pero, por lo demás, apenas aludió a ella la derecha monárquica. De forma correlativa, no faltaron llamamientos de Prieto a la moderación obrera, frente a comunistas o anarquistas.

La moderación ideológica de nacionalistas y socialistas suscitó reacciones en ambos movimientos —escisión aberriana, por un lado; ruptura perezagüista por otro—, pero se impuso como principal regla de conducta. Lo que podría considerarse modernización política —pragmatismo frente a épicas doctrinales— provocó la agudización de las tensiones. Fue cuando la derecha monárquica vio amenazada sus posiciones por otro grupo conservador. El desplazamiento del poder que sufrió en Vizcaya no

tiene parangón en la Restauración. Su reacción fue la reorganización y la superación de su atonía ideológica. Optó por el antinacionalismo radical, que se convirtió en su signo ideológico distintivo.

En la nueva dialéctica nacionalismo-españolismo la principal fricción fue el enfrentamiento ente Comunión y derecha monárquica. El socialismo combatió electoralmente al nacionalismo y discrepó de él, pero no hizo de tal oposición su caballo de batalla. Frente a la derecha monárquica, el nacionalismo argumentó de forma airada, por antivasca y por sus estructuras caciquiles. El principal reproche a las izquierdas fue su relación la derecha, si bien le echó en cara también los comportamientos revolucionarios y aludía a veces al origen foráneo de sus votantes. Sin embargo, no tuvo reparos en apoyar a republicanos o socialistas cuando las circunstancias se lo aconsejaron, respaldo respondido por el acercamiento a algunos de sus postulados.

Las elecciones del periodo mostraron una gran precariedad argumental. No existió propiamente un debate, sino la repetición de posiciones destinada a las propias fuerzas, que tenían una composición bien definida. Consistían así en una disputa del poder en el que cada grupo llamaba al voto, movilizaba sus fuerzas y confiaba en la eficacia de los favores administrativos, compra de sufragios o presión callejera.

Las proclamas se convertían en memoriales de agravios, en los que se quejaban de las prácticas ajenas. Por lo demás, fue la izquierda la que expuso sus planteamientos de forma más detallada, incluyendo propuestas programáticas. El nacionalismo fue rotundo en la crítica a la tradicional oligarquía empresarial y ésta, cuando reaccionó, expresó un antinacionalismo radical.

Los enconamientos coyunturales entre nacionalistas e izquierdas no respondían a posturas inamovibles, pues también pactaron entre sí.

Lo que no experimentó cambios ni matizaciones fue el antagonismo entre nacionalismo y monárquicos. Para el nacionalismo se convirtió en el principal argumento electoral. En la derecha monárquica se convirtió en un puntal ideológico básico: en ese periodo y en el futuro.

Así, la moderación del nacionalismo, cuando se presentó a las elecciones, desembocó en una radicalización de las tensiones. Se produjo cuando la derecha monárquica se vio vencida por un grupo que no le era socialmente antagónico, pero que le disputaba el poder. Desde 1919 su reacción consistió en el realineamiento organizativo. Su radicalización y el mayor activismo le permitió recuperar sus anteriores cuotas de representación. Para el futuro quedaría el antagonismo creado entre 1917 y 1923.

En la pérdida nacionalista de posiciones a partir de 1919 influyó la crisis general que vivía el movimiento. Como telón de fondo, estuvo la crisis social que acompañó a los problemas económicos de la posguerra. Los grupos obreristas reclamaron mayor interés por las dimensiones sociales y contestaron las estructuras burguesas de Comunión Nacionalista Vasca. Además, se produjo la radicalización de los sectores más pegados a la ortodoxia, incentivados por el fracaso de la vía autonomista.

## 8. Referencias bibliográficas

Arana Pérez, Ignacio: *El monarquismo en Vizcaya durante la crisis del reinado de Alfonso XIII (1917-1931)*, EUNSA, Pamplona, 1982.

Cabezas, Octavio: *Indalecio Prieto. Socialismo y español*, Madrid, Algaba ediciones, 2005.

- Canga de Icaza, Javier: *Gregorio de Balparda: forja y destino de un liberal*, Bilbao, Laida, 1995.
- Castells, Luis y Cajal, Arturo (eds.): *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Madrid, Marcial Pons, 2009.
- Castells, Luis: *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración, 1876-1915*, Madrid, Universidad del País Vasco-Siglo XXI, 1987.
- Corcuera Atienza, Javier, “El nacionalismo vasco en la Restauración. Purismo y posibilismo”, en Castells, Luis y Cajal, Arturo (eds.): *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 181-202.
- Díaz Morlán, Pablo: *Los Ybarra, una dinastía de empresarios*, Madrid, Marcial Pons, 2007.
- Elorza, Antonio: *Ideologías del nacionalismo vasco, 1876-1937 (de los euskarianos a Jagi Jagi)*, San Sebastián, Haranburu, 1978.
- Fusi, Juan Pablo: *Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, Alianza, 1984.
- Fusi, Juan Pablo: *Política obrera en el País Vasco*, Madrid, ed. Turner, 1975.
- García de Cortázar, Fernando y Montero, Manuel: *Historia Contemporánea del País Vasco*, San Sebastián, ed. Txertoa, 1980.
- Granja, José Luis: *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid, Tecnos, 1995.
- Luengo, Félix: *La crisis de la Restauración. Partidos, elecciones y conflictividad social en Guipúzcoa, 1917-1923*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991.
- Montero, Manuel: *Historia general del País Vasco*, San Sebastián, Txertoa, 2008.
- Olábarri, Ignacio: *Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936)*, Durango, Leopoldo Zugaza, 1978.
- Pablo, Santiago de: “El nacionalismo en el siglo XX. De idea estrafalaria a movimiento social” en Calle Velasco, M. Dolores y Redero San Román, Manuel: *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 2008.
- Real Cuesta, Javier: *Partidos, elecciones y bloques de poder en el País Vasco, 1876-1923*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1991.
- Rivera, Antonio: “La izquierda y la cuestión vasca. Primera parte: 1880-1923. Distancia y confrontación”, en Castells, Luis y Cajal, Arturo (eds.): *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 159-180.
- Rivera, Antonio. “País Vasco”, en Varela Ortega, José (dir.): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1975-1923)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 455-496.
- Rivera, Antonio: *Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.
- Ybarra y Bergé, Javier: *Política nacional en Vizcaya*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948.